

El balcón sobre la séptima

Por José Salgar

En los años treinta Bogotá era un pueblo que giraba alrededor de la carrera séptima, hervidero de política y periodismo, de audacias ideológicas y de bohemia literaria.

El cruce de la joven y recién canalizada Avenida Jiménez comenzaba a llamarse “la mejor esquina del país”, porque allí funcionaban los dos principales periódicos, el matinal El Tiempo y el vespertino El Espectador, que se imprimían en la misma rotativa. Ambos liberales, en los años de efervescencia que seguían a una larga época de gobiernos conservadores.

Los dos periódicos tenían tradiciones y objetivos diferentes.

El Espectador venía de una etapa de persecuciones y vida difícil en Medellín, hasta que su fundador Fidel Cano, con sus hijos Luis, Gabriel y Joaquín resolvieron editarlo también en Bogotá y encontraron apoyo de amigos como su colega y copartidario Eduardo Santos.

Era el primer vespertino de gran categoría que se editaba en Colombia y su director, don Luis Cano, gran editorialista, era también político y diplomático que se perfilaba como presidenciable.

El balcón sobre la séptima

Por José Salgar



Silla Fidel Cano

El Tiempo era una joven empresa de rápido crecimiento comercial y tenía como director a otro presidenciable, el doctor Santos. Los

diarios coincidieron en su adhesión a los gobiernos de la primera época liberal, y más tarde a los del Frente Nacional. En un momento decisivo, don Luis Cano rechazó la posibilidad de ser presidente y consideró que su principal misión era la de servir al país como director de su periódico.

Comenzaba una larga etapa de competencia de los dos diarios en cuanto a calidad periodística, a fin de que cada uno ampliara su círculo de influencias. Esa competencia creció años más tarde, cuando El Espectador se lanzó al mercado matinal nacional y construyó su propio edificio dos cuadras más arriba, sobre la misma Avenida Jiménez.

Ese ambiente favorecía la concentración de las figuras más notables del Estado y de la inteligencia en pocas cuadras del centro de Bogotá. El principal diario conservador de oposición, El Siglo, estaba muy cerca, en el sector de La Capuchina.

El Espectador ocupaba una casona con balcones sobre la Carrera Séptima en la que se colocaba un tablero con el adelanto de las noticias, escrito con tiza blanca. La gente se agolpaba a esperar, primero el tablero y luego el periódico, cuyo valor era de 5 centavos el ejemplar. Si las noticias eran buenas, aplaudían. Si eran malas, tiraban piedra.

**José Salgar. Ingresó a El Espectador cuando contaba con 13 años de edad y aún continúa escribiendo su columna “El hombre de la calle”. Es considerado un decano y un maestro de periodistas, ocupó todos los cargos en el periódico y fue testigo y partícipe de su desarrollo. Autorizó la publicación de este fragmento de su libro Coletilla al fin de siglo, Bogotá, Universidad Sergio Arboleda, 1999.*